

Si hay un aspecto que sobresale en la obra de Joan Castejón es su excepcional dominio del dibujo; una maestría palpable también en su pintura y que lleva a decir a Caballero Bonald que el artista “dibuja como un clásico y medita como un profeta”.(1) Y es que su potencia expresiva (heredera del más depurado virtuosismo renacentista) roza en la misma proporción el testimonio de la realidad y la pesadilla en que la sinrazón puede convertirla; su figuración entronca con el presente al mismo tiempo que lo trasciende mediante el símbolo y lo surreal. El dibujo y la pintura de Castejón ofrecen una figuración de fuerte acento expresionista, desgarrada y simbólica; su andadura plástica, centrada siempre en el ser humano y en su drama existencial reflejan un sólido compromiso moral que trasciende a cualquier tentación coyuntural o políticamente panfletaria.

Nacido en Elche en 1945, con dieciséis años se traslada a Valencia donde recibe formación en el Círculo de Bellas Artes y en la Academia de San Carlos. Muy tempranamente, en 1964, realiza su primera exposición individual en la valenciana Galería Mateu. Este primer momento de su trayectoria (1964-67) puede calificarse de neofigurativo. La figura humana (a veces agrupada en diminutas colectividades aturdidas o masificadas) aparece en medio de espacios indefinidos, de intenso desamparo monocromático, desplazándose por una atmósfera que los recursos plásticos logran hacer amenazante.(2) Los dibujos correspondientes a esta etapa de formación, también de temática antropomórfica, anuncian ya los peculiares rasgos que le caracterizarán posteriormente: una tensa justeza de línea que desarrolla fuertes y vigorosos efectos sobre todo en las cabezas y desnudos.

Este impulso inicial de su carrera se vio truncado, sin embargo, por la traumática estancia en la cárcel que le supuso el haber participado en las manifestaciones del Primero de Mayo de 1967. Hasta mediados de 1969 permanece en prisión. Ese año pasa a formar parte del Grup d'Elx en su segunda etapa, en cuyas exposiciones participa hasta 1971. Se traslada a Canarias, en donde, por los mismos hechos, reingresa en la cárcel durante siete meses de 1971. Pero no abandona el trabajo creativo hasta el punto que pueden cifrarse en torno a dos mil los dibujos a cera o a lápiz realizados en este tiempo, y que definen otra etapa específica de su producción, inevitablemente influida por tales circunstancias, singularizada por el trágico testimonio del lado oscuro y triste del ser humano sometido. El dibujo *Solidaris*, realizado a finales de 1970, en los primeros meses de su estancia en las Islas, evidencia esta huella de una reclusión cuyo dolor no se ha desvanecido, como persisten todavía los estertores del régimen franquista. Castejón evoca una realidad que se entremezcla con ingredientes simbólicos de tinte surreal y con alegóricas traslaciones de su experiencia personal, como si las teatralizara situándolas fuera del tiempo y del espacio. El virtuosismo del tratamiento expresionista del cuerpo es patente, lo mismo que el virado surrealista del desnudo en una anatomía descompuesta y vuelta a construir de manera tensa, dramática. Dentro de un trazo abocetado, la composición, realizada por un expresionista fondo negro, observa una fuerte pose teatralizada, naturalmente simbólica, pero destilando una inequívoca posición ideológica, en este caso el esfuerzo colectivo de la masa trabajadora. Esta titánica voluntad física colectiva trasciende a un plano superior de energía intelectual, representada por una figura-cerebro en la que se destacan en clave surrealista los sentidos de la vista y el oído. Si nos fijamos, ese grupo de figuras esforzadas conforman el *personaje* al que alude el título, del que podemos apreciar el perfil de su rostro sobre el fondo negro de la izquierda y la camiseta de tirantes levemente insinuada que viste, una prenda que aparece en otros dibujos de la época. Se trataría de elevar el trabajo a una dimensión épica o heroica mediante un lenguaje plástico de tradición miguelangelesca.(3) De este modo el artista da testimonio de su compromiso social con el *presente* de su contexto histórico, pero lo vehicula en la *atemporalidad* de una técnica

que ha asimilado con vigor la lección de lo clásico. El sentido coyuntural de la denuncia se eleva a un permanente humanismo de reflexión ética.

#### NOTAS

<sup>1</sup> *Castejón* [cat. exp.], Alcoy, Fundació Lecasse, 1992, p. 7

<sup>2</sup> Cfr. Román de la Calle, *Castejón. La realidad de lo imaginario*, Valencia, Cimal, 1981.

<sup>3</sup> Existe un dibujo de 1972 muy semejante en su composición, con la diferencia de que la figura acurrucada no presenta la oreja ni el ojo, ni tampoco aparece el detalle de la camiseta. Vid. AA.VV., *Castejón: dibuixos*, Denia, ed. del artista, 1988, rep. p. 45; *Castejón*, Alcoy, Fundació Lecasse, 1992, rep. p. 23; o AA.VV., *Castejón. Faula i símbol*, Valencia, Grial, 1995, rep. p. [51].

José Martín Martínez, *La donación Martínez Guerricabeitia. Catálogo razonado*, Fundación General de la Universitat de València, 2002, pp. 134-136.